

GUERRA ENTRE BÁRBAROS :

Cuando el imperio contrataca

El ataque terrorista perpetrado el martes 11 de este mes, fríamente calculado contra los principales símbolos económico y milita del poder imperial norteamericano, ha consternado al mundo. Aunque es de perogrullo, parece mentira que en estas circunstancias haya que repetir que nada justifica el asesinato de un solo ser humano, aún menos si el asesino, viene motivado por la ilusa promesa de permitirle “ingresar directamente al paraíso”.

Una vez más el catalizador de los ataques suicidas fue lo que José Saramago denominado el “factor Dios” (El País, set. 18): “Siempre tendremos que morir de algo, pero ya se ha perdido la cuenta de los seres humanos muertos de las peores maneras que los humanos han sido capaces de inventar. Una de ellas, desde el principio de los tiempos y de las civilizaciones, manda matar en nombre de Dios”.

Trasfondo económico políticos de la primera guerra global

El gobierno norteamericano ha respondido declarándoles la guerra a los bárbaros desconocidos y, de paso, a los países que supuestamente los estarían albergando. ¿Cómo explicar semejante sobreacción del presidente Bush y su equipo de asesores y ministros? Indudablemente el catalizador de las amenazas de represalia provienen, en primera instancia, de la indignación por las más de 6.000 víctimas. Que los ciudadanos reaccionen con rabia puede entenderse hasta cierto punto, pero que en un gobierno pierda aparentemente la razón y el entendimiento no tiene nombre. Consecuentemente, para apreciar el despropósito del envío masivo de material bélico y personal militar hacia el medio Oriente, tenemos que ubicarnos en una perspectiva más amplia, considerando factores económico-político sin nombre.

En primer lugar, no está demás recordar que hasta hace unas semanas, el presidente Bush no poseía una amplia base social doméstica de sustento y, menos aún, la legitimidad que todo gobierno requiere. Como consecuencia de las fraudulentas elecciones que lo llevaron al poder y de la falta de liderazgo mostrado a lo largo de lo que va de su mandato, indudablemente requería de un acto heroico. Esta posibilidad se le ofreció en efecto el 11 y desde un ángulo terrible. Gracias a ello Bush ha alcanzado, de la noche a la mañana, el ansiado apoyo popular, el que se refleja incluso en un abrumador 85% de ciudadanos que está a favor de las acciones militares masivas contra unos bárbaros desconocidos y un sospechoso conocido (veáse, además, el recuadro de las últimas encuestas).

En segundo término, el gobierno tampoco poseía una agenda de gobierno que pudiese mantener en suspenso a su ansiosa población. Bush ha encontrado en la guerra la excusa para tenerla y para alcanzar la gloria y, seguramente también, para pretender la reelección. Ya ha adelantado que se trata de una confrontación muy larga, y uno de sus Ministros ha hablado incluso de un maratón. En ese sentido es un aprovechado alumno de Henry Kissinger, quien ha plasmado el célebre principio según el cual “la mejor manera de resolver un problema interno es crear un problema interno es crear un problema externo”. Los cooptados medios de comunicación, en especial la TV. (que se han convertido voceros seimioficiales del gobierno, nos tendrán en vilo los próximos dos o tres años. En tercer lugar, gracias a la desgracia, el partido de gobierno ha conseguido el apoyo irrestricto del Partido Demócrata, en y fuera del Congreso. Ya se

habla incluso del necesario recorte de los derechos civiles de los ciudadanos. Asimismo, se tendrá mano libre para devolverle todos los poderes criminales –perdidos paulatinamente desde hace 25 años– que poseían la CIA y el FBI: nuevamente podrían contratar personal que ha atentado contra los derechos humanos, aplicar la tortura y asesinar a políticos en el exterior, a la vez que se eliminarían las restricciones a las actividades contrarrevolucionarias y las políticas de ocupación que tradicionalmente ejercían con eficacia y sin vergüenza. En consecuencia, aumentará también el gasto público en armamento y seguridad, y –por eso de los cañones y la mantequilla– tendrán que recortarse los gastos que se iban a destinar originalmente a la alicaída agricultura y a otros de tipo social, incluido a los países más pobres.

En cuarta instancia, a nadie escapa que el gobierno más poderoso del mundo no sabido afrontar adecuadamente el paulatino deterioro de su economía. Vanamente, hoy en día alguien querrá justificar la recesión económica que soportará la población durante los próximos trimestres. Una revista superficial de los principales indicadores, sin embargo, evidencia que la economía norteamericana andaba encaminada directamente hacia una recesión, con las inevitables repercusiones para el resto del mundo.

Asimismo, en la escena internacional, Bush ha conseguido la bendición de gran parte de los gobiernos de los países occidentales más poderosos –con los que se había desarrollado una serie de relaciones conflictivas en torno a la corte penal internacional, el calentamiento global y la defensa misilera– para iniciar la guerra contra un enemigo que aún no se sabe, a ciencia cierta, quién es ni dónde está. Estos eventos le ofrecen una oportunidad única, ya no solo para demostrar su poderío bélico, sino sobre todo su hegemonía política incontestable a nivel mundial. Y quien se oponga a la guerra será considerado enemigo, puesto que en el mundo solo existen Buenos y Malos. Incluso al Primer Ministro francés, ante las dudas que planteó en torno a la guerra, se le recordó su pasado trozkista. Nadie se oponga pues, si no quiere ser asesinado políticamente. En ese contexto surgieron los Hitler del siglo XX.

Y no sólo Bush se frota las manos, a quien dicho sea de paso, no le tiemblan, ya que como nos lo ha recordado el diario inglés *Mirror*, cuando él ejerció de gobernador de Texas, mandó a la silla eléctrica a más de 150 personas, algunas de las cuales eran comprobadamente inocentes y otras tenían la edad mental de niños. También al FMI y al Banco Mundial les viene bien la tragedia, argumentando en una nota de prensa que “por el más profundo respeto y simpatía por las familias de todo aquellos tocados por los horribles eventos del pasado martes” han cancelado aliviado sus sesiones anuales previstas para el 29 y 30 de este mes. Si la Bolsa de Nueva York puede funcionar, ¿por qué no las formales reuniones de las instituciones multilaterales? Sin duda se reconoce así que el movimiento anti-globalizador es cada vez más poderoso, aun más con el aliento que le están dando, por la respuesta guerrera tan brutal que ha dado el país interesado en el avance de la llamada globalización. Pero, no nos sorprendería que a estos grupos se les metiera en la misma bolsa en que se tiene a los terroristas y los talibanes.

Cómo justificar una guerra a tono con la globalización

El problema que afrontaba el gobierno de EEUU en un inicio era, que, como todos sabemos, una guerra y la movilización masiva de armas no se pueden justificar por una lucha contra el Al-Qaeda que lidera Osama bin Laden, puesto que sus bases están repartidas en pequeños grupos en 20 o 30 países del mundo, escondidos sus integrantes en madrigueras a las que no pueden llegar los supermisiles. Consecuentemente, se inventó una nueva categoría de países enemigos: aquellos que albergan o apoyan a los terroristas y que se sospecha serían fundamentalistas musulmanes. Con ese argumento

podían dormir tranquilamente los gobernantes y zarpar apresuradamente las naves y los aviones. Y todos aplaudieron alborozadamente por el conejo que el gobierno del Norte se sacó de la manga.

También sabemos, por boca del general prusiano Karl Clausewitz (1780-1831), que “la guerra es la continuación de la política por otros medios”. Y, en efecto, las acciones bélicas anunciadas por el gobierno norteamericano también pretenden apurar fines político-económicos que aparentemente no se podrían plasmar por medios pacíficos. Aunque la hipótesis pueda parecer aventurada, postulamos que, una vez más, las raíces de esta tendencia belicista pueden encontrarse en los intereses estratégicos de las élites dominantes del Estado Imperial.

Y, ciertamente, la presión de los propios militares sobre Bush debe haber ejercido estímulos adicionales incontestables para ejercer el despliegue de su post moderno armamento. Aunque pueda sonar cínico, estamos convencidos de que muchos generales honorables deben haber pensado que era un desperdicio tener tantas armas, tan relucientes y tan modernas, que había que hacerlas desfilar ante el mundo y “en caso extremo” usarlas ‘productivamente’, antes que caigan en el olvido, la obsolescencia y la oxidación.

Y con ello llegamos a los más interesados en la guerra. Las cliques y grupos de poder, en especial los ligados al aparato militar-industrial norteamericano, quienes ya gozan del prometedor futuro que les espera a costa de la vida de cientos de miles (en Irak mataron ‘indirectamente’ a 100.000 civiles y en Guatemala a 200.000, mayormente campesinos). Los grupos de poder norteamericano, corporativos y financieros, intentan -en nombre de otro tipo de guerra santa contra el terrorismo- bombardear poblados en función de sus ambiciones globales, largamente abrigadas. Esta cruzada, supuestamente al servicio de la paz y la estabilidad mundiales, será ocasión para que EEUU intente, una vez más después de haber fracasado en Irak hace una década, ejercer el control sobre las reservas de petróleo y gas natural que albergan los países del Oriente Medio, del Golfo Pérsico y del Mar Caspio.

¿Caerán en la provocación los “países-albergue sospechosos”, tales como Irak o Irán, Siria o Sudán? Desafortunadamente, la probabilidad que ello suceda es alta, ya que todo bombardeo tiene “casuales efectos colaterales” (que, en el argot técnico es sinónimo de muerte no calculada de civiles) indeseados, que obligan a los países perjudicados a incorporarse a la guerra. Evidentemente EEUU no podrá dar un solo paso en falso en Pakistán o la India, ya que ambas naciones –con sociedades muy conflictivas- poseen armas nucleares y por lo que, dicho sea de paso, hace unos días se les han suspendido las sanciones económicas que EEUU les había impuesto desde 1998 por haber experimentado con ellas.

El ataque se iniciaría aparentemente contra Afganistán, por su supuesto apoyo a los terroristas sospechosos. A este respecto cabe recordar que “nadie sabe para quien trabaja”. Osama bin Laden y su Base, como es sabido, fueron entrenados por los norteamericanos para enfrentar la invasión soviética de Afganistán. Para tal efecto, les entregó a él y otros afganos alrededor de mil misiles Stinger por un valor de US\$ 8.000 millones y los financió durante diez años (desde 1979) con US\$ 2.100 millones para respaldar a los 200.000 combatientes de la resistencia (provenientes de 15 países islámicos), que finalmente expulsaron a los soviéticos en 1989. Para mediados de la década pasada los talibanes habían encontrado una nueva fuente de financiamiento: el cultivo, procesamiento y tráfico de heroína, de la que se convirtieron en los principales exportadores mundiales. No obstante, según las Naciones Unidas, cuatro millones de afganos está condenados a morir por la sequía y las sanciones internacionales, y otro tanto ha emigrado a Pakistán.

Detrás de las declaraciones piadosas y patrióticas de los políticos y de los medios de comunicación, debemos buscar los designios largamente deseados del imperialismo norteamericano para dominar nuevas áreas del mundo a fin de cimentar su hegemonía mundial, como hemos dicho, los grupos de poder aprovecharán esta crisis para alentar sus propósitos en los más diversos sentidos, incluso en temas aparentemente tan lejanos a los actos terroristas, como es la política tributaria. Así lo ha denunciado Paul Krugman en su más reciente editorial (New York Times del 19): “La semana pasada el Presidente Bush alabó a la Nación por su espíritu de ‘sacrificio y patriotismo’. Una de las primeras acciones que debería adoptar el gobierno, en nombre del sacrificio nacional compartido, debería consistir en recusar el propuesto recorte de impuestos de dudoso valor económico, que otorga el 80 por ciento de sus beneficios directos al 2 por ciento de la población. No muchas personas se atreverían a denunciar esto(...), sería acusadas por falta de patriotismo. Pero (...) esta medida no ayudará a nuestro nuevamente encontrado sentido de unidad nacional. El señor Bush puede y debe detener esta idea desastrosa ahora. El debería decirle al Congreso que se concentre en lo que el país necesita, no en los que una minoría rica desea”. Pronto veremos si Bush y sus socios le hacen caso.

Y lo peor es que ya no hay tiempo para rectificaciones, ya que como el pueblo norteamericano ha pedido venganza, incitado por el propio presidente Bush, y como todo gobierno democrático tiene que responder a las demandas del pueblo: ¡a algún país o grupo de países le tienen que caer las cientos de miles de toneladas de bombas! A este respecto es sorprendente que EEUU no haya recurrido a las Naciones Unidas para concordar acciones y alianzas, deteriorando aún más la necesaria institucionalidad internacional, tan necesaria en estas circunstancias.

Más aún, alentar la guerra contra un enemigo externo desconocido es de por sí irresponsable, pero lo más aún cuando también propicia una guerra doméstica. Azuzar a la población de la manera como la hecho el gobierno norteamericano es en sí criminal. Y es así como ya se vienen percibiendo las consecuencias de este renovado patriotismo ciego en el propio territorio. En el transcurso de las primeras semanas que siguieron al atentado, a la par que el pueblo norteamericano compraba miles de banderitas estrelladas, postales de las torres gemelas y supuestos restos físicos de los edificios aniquilados, se han perpetrado cientos de ataques de diversa índole contra norteamericanos de origen asiático y árabe, incluyendo asaltos, actos de vandalismo contra mezquitas, bombas incendiadas contra sus viviendas y por lo menos tres asesinatos. Las víctimas fueron atacadas por el color de su piel o porque usaba turbantes, velos u otros indicios de origen religioso mahometano. Alentados por la guerra internacional, han decidido reproducirla domésticamente, comprando masivamente armas y máscaras antiguas en presencia de la amenaza de “vecinos musulmanes”.

De manera que, a pesar de las terribles muertes del pasado 11 y de las que habrán de darse a futuro como consecuencia de “daños colaterales” infringidos por la contra-guerra santa, parecería que “no hay mal que por bien no venga” para los mayúsculos grupos de poder de EEUU. En conclusión, Bush quería la guerra, la necesitaba ... y para ello requería de un enemigo, aunque no supiese quien es. Y este aserto aparentemente demagógico se desprende del itinerario histórico de las naciones poderosas cuando querían seguir emborrachándose con el elixir del poder. En efecto, a este respecto No hay Novedad en el Frente, puesto que lo estamos viviendo se ha repetido infinidad de veces en la historia de la barbarie humana. Se trata de un viejo truco, que se puede rastrear hasta el Imperio Romano y que consiste en inventar a los enemigos que uno necesita.

Todos sabemos, incluso los peruanos (quienes desde el Norte somos percibidos como una variedad distinta de bárbaros), que el terrorismo es altamente reaccionario y que, en la práctica, lleva a la adopción de medidas gubernamentales que conducen a la destrucción de la democracia. También sabemos que sólo se puede enfrentar exitosamente –con mucha paciencia- en lo ideológico, en lo diplomático-político, en lo social y económico, en la labor de inteligencia y en la obstrucción de sus fuentes de financiamiento (y con la captura de los terroristas más que asesinandolos a mansalva), pero que jamás se tendrán resultados favorables con la aplicación de la fuerza bruta masiva o selectivamente aplicada.

En medio de la desesperanza, sin embargo, hay que mirar el futuro para intentar construir un mundo mejor, por lo que Ariel Dorfman se pregunta “si este crimen apocalíptico no constituye a la vez una de esas oportunidades de regeneración y autoconocimiento que de cuando en cuando se les depara a los pueblos. Las crisis pueden conducir a la renovación o la destrucción, puede usarse para bien o para mal, para la paz o para la guerra, para la agresión o para la reconciliación, para la venganza o para el perdón” (El País, sept.17).

Desafortunadamente aunque previsiblemente se ha desatado a Prometeo, y el gobierno norteamericano ha optado por el lado oscuro de cada una de estas dicotomías, decidiéndose ingenua y apresuradamente por la destrucción, el mal, la guerra, la agresión y la venganza. En su mensaje del 21 de septiembre al Congreso, al cierre de esta edición, el presidente Bush afirmó nada menos que lo siguiente: “Esta noche somos un país que ha despertado al peligro y está llamado a defender la libertad. Nuestra aflicción se ha convertido en cólera y la cólera en resolución”. Y, como todo perro con cólera, que es otra palabra para rabia, muerde a cualquiera, indiscriminadamente. Y si encima, con el ceño fruncido y por poco con espuma en el boca, pide la cabeza –“vivo o muerto”- de un terrorista sospechoso de la masacre del martes 11, abraza la ley del Tali3n. Retrocedemos así varios siglos hacia una patética mixtura simbi3tica entre las cruzadas medievales del ciberespacio y el aggiornamiento con pistola l3ser de los cowboys del Oeste norteamericano armados.